

La Nación Vetada:

manual para entender

Reseña escrita por: Andrea Arboleda Barrios

Politóloga de la Universidad de los Andes y Candidata a Magister en Historia en la misma universidad.

Correo electrónico: andrearboleda@gmail.com

Uribe López, Mauricio. (2013). *La nación vetada: Estado, desarrollo y guerra civil en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. 346 p.

Una lectura refrescante que propone elementos novedosos para la esquivada comprensión de la historia del conflicto armado y su consecuente violencia es la que ofrece el profesor Mauricio Uribe López en *La Nación Vetada: Estado, desarrollo y guerra civil en Colombia*.

Con el imperativo ético que le impone el haber nacido en medio de una generación que sólo conoce un país en guerra, Uribe López enmarca su interés académico en la exigencia biográfica de entender la guerra. Es así como en *La Nación Vetada* se nos ofrece un trabajo en el que las dimensiones histórica, teórica, político-institucional y socioeconómica se tejen alrededor de una cuidadosa metodología a través de la cual el autor logra conclusiones contundentes y esclarecedoras.

A partir de la pregunta fundamental por la duración y prolongación de la guerra civil colombiana, el autor explora las respuestas desde dos de las principales características de la estructura social y política del país: el estilo de desarrollo y el veto a la Nación. Es desde allí que el texto aborda la existencia de una guerra civil prolongada en Colombia, relacionada ésta con los intereses conservadores que le han impuesto vetos a la construcción de Nación.

Partiendo también de la premisa que apunta a que el estilo de desarrollo nacional ha tenido un sesgo anticampesino que no ha creado ni permitido las condiciones propicias para el fin de la guerra, Uribe López incorpora su preocupación por la distribución del ingreso y la propiedad en Colombia y en otros países con guerras prolongadas y significativa inequidad.

A partir de argumentos histórico-políticos, como la ausencia de una estación populista en Colombia, el autor rescata el antiestatismo



de las élites, cuya búsqueda por perpetuar su estatus ha logrado subordinar los intereses del Estado frente a los de la burguesía cafetera, los terratenientes y los industriales.

Si bien no es el objetivo central del autor, no debería ser posible leer *La Nación Vetada* sin tomar sus contribuciones para intentar comprender de manera serena las actuales negociaciones entre el Gobierno nacional y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – FARC, especialmente sobre las tierras y la organización de la producción agrícola en el país. Pese al pacto político-metodológico en La Habana sobre la publicidad de la información (“nada está acordado hasta que todo esté acordado”), la distribución de tierras, la producción agrícola y la actualización catastral, constituyen algunos de los principales temas del acuerdo parcial ya alcanzado entre Gobierno y FARC. Todos, temas que vale la pena interpretar a la luz de los elementos de *La Nación Vetada*.

De esta manera, sin pretender “desmembrar” una obra compacta y bien concebida, las diversas dimensiones de la obra aportan fuentes y mecanismos valiosos, algunos de los cuales, bajo el criterio de quien escribe, vale la pena retomar aquí, entre los tantos que ofrece el documento.

De particular importancia para alguien en el camino de la formación histórica constituye la elección de Uribe López por el enfoque del institucionalismo histórico, cuyos recursos heurísticos “usan la historia no tanto como ilustración, sino como explicación” (p.38). Acostumbrados como estamos los lectores interesados a encontrar los “recursos históricos” como telón de fondo que, a partir de la elección determinada de fechas y datos, ayuda a legitimar tesis preconcebidas y prejuiciadas, *La Nación Vetada* desafía a las y los historiadores a integrar el objeto de sus análisis

a la interdisciplinariedad que obliga a poner a prueba las hipótesis ya conocidas sobre guerra y violencia en Colombia bajo la mirada enriquecedora de economistas y politólogos, conjunción que representa el profesor Uribe.

Si bien su visión es integral, pues recoge los diversos enfoques a partir de los cuales se ha estudiado la violencia en Colombia, una de las bondades del texto de Uribe es el riguroso estado del arte. Un estado del arte que debería provocar preocupación entre los historiadores ocupados de la reflexión sobre la violencia en Colombia, respecto a si estamos definitivamente condenados a utilizar sólo fuentes secundarias. Textos juiciosos como *La Nación Vetada* nos recuerda a las y los historiadores la deuda pendiente que tenemos con la tarea de volver al archivo en búsqueda de fuentes primarias.

Las provocadoras tesis del autor acerca del sesgo anticampesino del estilo de desarrollo y la desidia del Estado a lo largo del tiempo frente al desarrollo agrario, deben invitar a las y los investigadores a visitar el archivo en busca de evidencias que refresquen el estudio de la violencia en Colombia, de manera que desde la historia como disciplina aportemos al debate vigente que sigue siendo abanderado por sociólogos, economistas y politólogos con sus propias herramientas teóricas y metodológicas.

Entre los diversos aportes de la dimensión teórica de *La Nación Vetada* están al menos dos que son pertinentes aquí. Por un lado, la fundamentada opción del autor por la denominación del conflicto colombiano como una guerra civil, sin timidez. Uribe López pone de presente cómo desde 1958 y hasta 2003¹ se han enunciado y concebido, a

1 El autor hace un recorrido por las fuentes que han abordado el tema de interés desde el libro de Guzmán, Fals Borda & Umaña (1964), a partir del valioso material de archivo recopilado



través de distintas publicaciones y grupos de intelectuales en Colombia nuestra Violencia, nuestra guerra, nuestro conflicto armado. Es así como el autor opta por la categoría de guerra civil para el caso colombiano a partir de los límites establecidos por el Centro de Estudios para las Guerras Civiles del Instituto Internacional de Investigación sobre Paz de Oslo –PRIO- y el Uppsala Conflict Data Program –UCPD- del Departamento de Paz e Investigación de Conflictos de la Universidad de Uppsala. Tales umbrales proporcionan “un criterio razonable, al definir un estándar mínimo que permite incluir dentro de la categoría de ‘guerras civiles’ todos los casos de violencia a gran escala” (p.64).

Por otro lado, la rigurosidad teórica del texto oxigena, a partir de la economía política del desarrollo y su concepción de estilos de desarrollos, la siempre vigente relación entre las condiciones de concentración y desigualdad, particularmente entre la población campesina, y los factores que han determinado la larga duración de la guerra civil en Colombia. Uribe López incorpora la noción de estilo de desarrollo de Aníbal Pinto (2008) como parte esencial del contexto explicativo de la recurrencia de la guerra civil, y su consecuente violencia sociopolítica.

La adopción del concepto de estilos de desarrollo da cuenta

no sólo del crecimiento económico sino también de las dinámicas acumulativas que refuerzan las tendencias hacia una mayor o menor desigualdad. Aquellas forman parte el conjunto de procesos que contribuyen a la explicación de la persistencia de la guerra civil (pp.53-54).

por la Comisión Nacional Investigadora de las Causas y Situaciones Presentes de la Violencia en el Territorio Nacional, creada en 1958; hasta el Informe Nacional de Desarrollo Humano (PNUD, 2003).

Esto implica que el enfoque de economía política que usa el autor se refiere a la consideración de las dimensiones políticas del paisaje económico en una escala macro, antes que el de la explicación económica de los fenómenos políticos.

En materia político-institucional, la insistencia en que el estilo de desarrollo es resultado de la morfología que adquirió el Estado gracias al inmovilismo y a las transacciones dentro del bloque en el poder, parte del consenso rastreado sobre la debilidad del Estado colombiano y delimita con precisión una de sus grandes características políticas: el veto a la Nación. Veto que se ha visto históricamente expresado en la preferencia de las élites por el antiestatismo, que se traduce en la incapacidad del bloque en el poder para construir consensos y orientar la construcción estatal.

La preocupación del autor por fenómenos como la pobreza y el desempleo determina las unidades de investigación en la dimensión socioeconómica de *La Nación Vetada*, y se constituye en el instrumento de Uribe López para contradecir la simplificación del nexo causal de la guerra con la desigualdad, y más aún la desigualdad bajo la óptica única de indicadores como el ingreso o el índice de Gini.

Finalmente, con el propósito de obtener elementos de juicio para leer la coyuntura que significan las conversaciones entre el Gobierno nacional y las FARC, es especialmente recomendable el cuarto y último capítulo de *La Nación Vetada*, “Senda rawlsiana y sesgo anticampesino”, en el que el autor vincula la solidez teórica desprendida del estilo de desarrollo “mediocre y concentrador” con los eventos históricos o coyunturas críticas (en 1964 el surgimiento de las FARC, y en 1972 el Acuerdo de Chicoral) que pueden ayudar a interpretar los acuerdos parciales logrados en La Habana.



Si bien existen restricciones a su publicación, la Mesa de la Habana ha anticipado que el primer punto de la agenda de negociación arrojó propuestas concertadas para aumentar la producción agrícola y permitir un acceso más equitativo a la propiedad rural. Entre estas medidas está un proceso agresivo de distribución de tierras a favor de la población campesina, con base en los baldíos de la Nación y las tierras recuperadas mediante restitución o extinción de dominio a quienes las obtuvieron por métodos violentos, fraudulentos o con dineros provenientes del narcotráfico².

Esta nueva iniciativa de paz en La Habana sólo constituye un pretexto para ratificar la

pertinencia del análisis de *La Nación Vetada* que finalmente lo que busca es responder la pregunta de por qué ha durado tanto la guerra en Colombia. De ahí la importancia para las y los historiadores de retomar un estudio interdisciplinario que como este arroja mecanismos y dispositivos metodológicos útiles para su oficio. Por ejemplo, la utilización de Uribe López de “coyunturas críticas”, como la que inauguró en 1964 “una trayectoria en la que al desarrollo concentrador y de sesgo anticampesino se sumó el inicio de una guerra civil”, y la que en 1972, con el Acuerdo de Chicoral, “sepultó las posibilidades de una reforma agraria” (p.42), nos hereda el reto de incorporar elementos novedosos para lograr el equilibrio entre los análisis sincrónicos y diacrónicos, centrales para el ejercicio de las ciencias sociales.



2 Ver el resumen del acuerdo parcial en *El Tiempo*, 2013, 2 de junio y una de sus interpretaciones bajo Guillermo Perry en *El Tiempo*, 2013, 24 de junio.



Referencias Bibliográficas

- Guzmán, G; Fals Borda, O & Umaña, E. (1964). *La violencia en Colombia*. Bogotá: Taurus.
- Pinto, A. (2008). Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina. *Revista de la Cepal*. 96, diciembre, pp.73-93.
- PNUD. (2003). *Informe Nacional de Desarrollo Humano para Colombia 2003: El conflicto, callejón con salida*. Bogotá: Panamericana

Archivos de prensa:

- Detalles del primer acuerdo de La Habana. (2013, 2 de junio).
- Tierras sí; constituyente no. (2013, 24 de junio). *El Tiempo*.